

02.

Representaciones femeninas y desigualdad social y de género en el Preclásico Mesoamericano

Female representations and social and gender inequality in
Preclassic Mesoamerica

María Selene Álvarez Larrauri
Instituto Nacional de Antropología e Historia

recepción: 26 de noviembre de 2024
aceptación: 04 de agosto de 2025
DOI: 10.22201/udir.2954341xp.2026.288

Resumen

El objetivo de este trabajo es estudiar las representaciones femeninas, su relación con las prácticas de reproducción del mundo social y las condiciones sociales en las que nacieron, en el periodo el Preclásico Temprano y Medio. Durante este lapso, en diversas regiones de Mesoamérica hubo un crecimiento poblacional, así como de recursos económicos, sociales, de conocimiento y simbólicos. El acceso a estos diferentes tipos de recursos estaba acotado por las diferentes posiciones sociales en organizaciones jerárquicas y desiguales. Parto de la teoría de la práctica de Pierre Bourdieu en el análisis de las representaciones femeninas provenientes de diversas excavaciones arqueológicas. Las comparo entre ellas, con los contextos y con otros objetos asociados. Encuentro que el aumento de figurillas de barro femeninas está relacionado con la promoción del cuerpo femenino como recurso de posicionamiento social en las estrategias y prácticas de alianzas y linaje de los grupos emergentes, que emulaban las de los grupos con más recursos, reproduciendo y legitimando la desigualdad social y la de género. Concluyo que las representaciones femeninas fueron objeto de distinción en la lucha por los recursos existentes y por la organización social de ese momento histórico.

Palabras clave:

representaciones femeninas, organización social, desigualdad, Preclásico, Mesoamérica

Abstract

This work examines female representations and their relationship with the practices of social reproduction and the social conditions in which they emerged, during the Early and Middle Preclassic periods. Throughout this time, various regions of Mesoamerica experienced population growth as well as an expansion in economic, social, symbolic, and knowledge-based resources. Access to these different types of resources was constrained by social positions within hierarchical and unequal organizations. This analysis draws on Pierre Bourdieu's theory of practice to interpret female representations recovered from different archaeological excavations. These representations are compared with one another, with their contexts, and with other associated objects. The study finds that the increasing presence of female clay figurines is related to the promotion of the female body as a resource for social positioning, particularly in the strategies and alliance practices of emerging groups that emulated those with greater access to resources—thereby reproducing and legitimizing social and gender inequality. It is concluded that female representations functioned as objects of distinction in the struggle for existing resources and for the social organization of that historical moment.

Keywords:

female representations, social organization, inequality, Preclassic, Mesoamerica

Introducción

Los académicos especializados en el estudio de Mesoamérica se han preguntado sobre el origen de la desigualdad social, partiendo del supuesto de que hubo un periodo histórico en el que no estaba presente, aspecto que todavía hoy continúa en debate.¹ Según Clark y Blake (1994), la desigualdad se originó a raíz del desarrollo regional y la rivalidad por el reconocimiento social entre los individuos que buscaban destacarse, acumulando diferentes tipos de recursos. La competencia por el control de la fuerza laboral es vista por otros investigadores como un factor que impulsó el crecimiento y aumentó la complejidad social (Brumfiel, 1994, pp. 3-14).

Las investigaciones han evidenciado una jerarquización en el acceso a los recursos, determinada por las diferencias de edad y género.² En la arqueología de género se ha destacado la importancia crucial que las mujeres tenían para la obtención de recursos, la reproducción, el cuidado del grupo y la transmisión de conocimientos, entre otros aspectos. Asimismo, las arqueólogas de género han demostrado que la desigualdad de género se sumó a la desigualdad social, como sucede en la mayoría de las organizaciones jerárquicas y patriarcales (López Hernández y Rodríguez-Shadow, 2011; Rodríguez-Shadow, 2004, pp. 32-33; Joyce, R. A., 2000, pp. 499-513; Ardren, 2007, pp.1-35; Lesure, 2011, p. 587; Marcus, 1998, p. 11).

Los diversos especialistas se han cuestionado también por qué los grupos subordinados y las mujeres han aceptado y continúan perpetuando su propia subordinación a lo largo de la historia. Indudablemente, es imposible generalizar; sin embargo, para este caso, el concepto de diferenciación entre violencia y violencia simbólica es pertinente para el estudio de la reproducción de la subordinación que ha sido legitimada, naturalizada, justificada y

¹ Diversos arqueólogos utilizan el concepto de “complejidad social” para referirse a la desigualdad social permanente (Arnold, J. E. 1996), aunque algunos sostienen que la desigualdad social y la complejidad deberían estar analíticamente separadas para su estudio.

² Las relaciones de género son relaciones sociales que se inscriben en los cuerpos tempranamente; se incorporan como un conjunto de disposiciones corpóreas adquiridas a través de la socialización, que influyen en la percepción y las prácticas de reproducción del cuerpo y el mundo social, mediante actos de violencia física o simbólica. Bourdieu (2006) le llama *habitus*, en vez de cultura que no siempre está claramente definida.

reproducida por dominados y dominantes. Joan W. Scott (2015) ha destacado la relación social entre los géneros, aunque no explica la relación entre la desigualdad de género con otras desigualdades. Al respecto, dichas desigualdades pueden comprenderse como construcciones complejas, relacionales, históricas y contextualizadas, de las cuales la investigación tiene que dar cuenta.

La diversificación social hace más compleja la competencia por los recursos económicos, sociales, de conocimiento y simbólicos existentes. La reproducción cotidiana necesita que los grupos dominantes, los emergentes y los desprovistos de todo tipo de recursos diversifiquen prácticas. La mujer y el hombre, cada uno con su *habitus*, solo pueden ser comprendidos a través del proceso en el cual son contruidos y reconstruidos dentro de estas acotaciones de las relaciones sociales, donde, a su vez, son configurados de manera histórica, relacional y contextual.

Ernesto González Licón (2004) analiza las relaciones de poder y desigualdad entre géneros y clases sociales en la época prehispánica, y coincide en que la evolución hacia el Estado implicó una jerarquización por sexo, edad y recursos, liderada por varones de mayor edad y prestigio. También observa una relación causal entre periodos de abundancia y crecimiento con la subordinación femenina, una relación que se invierte durante el declive del Estado de Monte Albán. El desarrollo de técnicas agrícolas, la producción excedente de alimentos, el mayor conocimiento especializado y el intercambio local y distante fueron factores clave para el crecimiento y el desarrollo. Los diversos grupos establecieron estrategias de posicionamiento social en la lucha por el acceso a los recursos no solo económicos, sino sociales, del conocimiento y simbólicos (Marcus y Flannery, 1996, p. 104).

Durante el Preclásico se encuentran diversas representaciones antropomorfas que se asocian a prácticas rituales y al universo simbólico. Por un lado, aunque comprender completamente el significado y el propósito de los objetos en la reproducción del mundo social es una labor con cierto grado de dificultad para los arqueólogos, la mayoría considera que algunas estructuras y motivos servían como base para los rituales en Mesoamérica desde el Preclásico (Plunket, 2002).

Por otro lado, se sabe que ciertos objetos estaban relacionados con prácticas rituales que implicaban una participación de actores con determinado *habitus* y usos específicos. Pues, aunque la interpretación de los rituales en las sociedades antiguas se ve limitada por falta de información y evidencia tangible, un análisis detallado de las prácticas y objetos permite construir hipótesis fundamentadas sobre su significado y su papel en las estructuras sociales y simbólicas de esas comunidades.³

Expuesto lo anterior, una de las preguntas principales de este trabajo es saber cuál fue el papel de las representaciones femeninas en la estructuración de las relaciones sociales que normaron la lucha por los diferentes tipos de recursos. Propongo, entonces, un análisis de la relación entre la diversificación social, las representaciones femeninas y las prácticas rituales en el desarrollo del Preclásico. Esta propuesta se fundamenta en que considero pertinente y necesario llevar a cabo un estudio específico sobre la relación de los objetos con las prácticas simbólicas que reproducen la desigualdad social y de género en Mesoamérica, al igual que sucedió en otros contextos históricos y geográficos.⁴

Antecedentes

Las representaciones antropomorfas están conectadas con las prácticas fúnebres y las ceremonias, por ejemplo: escondites, ofrendas de fundación o terminación de edificios. En el caso de las representaciones femeninas, estas se relacionan con rituales asociados a los ciclos de vida. Las interacciones sociales no se encuentran circunscritas a las relaciones familiares o de un grupo extendido. Como ejemplo de ello, las actividades artesanales se

³ Al respecto, los rituales son prácticas repetitivas que se adhieren a normas, signos, símbolos y acciones acordados y regulados en una reconstrucción simbólica que da significado y autenticidad a la realidad social. De esta manera, consideramos los rituales como prácticas, a través de las cuales los distintos actores sociales pueden compartir el lenguaje de símbolos y conceptos del mundo simbólico, al igual que las prácticas de reproducción de su mundo social. En este sentido, los rituales son un recurso simbólico que funciona también como un valor en el proceso de acceder al posicionamiento social de los diversos grupos.

⁴ Las condiciones de producción y reproducción de las diferentes organizaciones sociales muestran importantes variaciones según el área, la región y la localidad. Las diversas regiones de Mesoamérica experimentaron un aumento en la complejidad social poco tiempo después del inicio del periodo Preclásico, como fue el caso del Soconusco y la costa del Golfo (Clark y Blake, 1994).

desarrollan en los espacios domésticos, pero para que se lleven a cabo, los participantes necesitan proveerse de algunos insumos en el mercado. Esto demuestra cómo las relaciones sociales con otras familias y grupos se pueden dar tanto en este espacio como en otros, y pueden ser diferentes a las relaciones de distribución, así como a las vinculadas con el conocimiento y a la construcción de los recursos simbólicos de identidad social y reconocimiento.

Los estudios arqueológicos sobre el ámbito doméstico evidencian una división entre una esfera vinculada con lo doméstico, privado, femenino, orientado al consumo y de carácter pasivo, y otra esfera asociada con lo público, masculino, productivo y activo. Estos análisis, apoyados en estudios específicos sobre género, edad, clase y estatus, también exploran cómo se ejercía el poder entre hombres y mujeres en Mesoamérica, revelando así las complejas dinámicas de autoridad y roles dentro de sus sociedades.

Los espacios sociales mesoamericanos se estudian no de manera aislada, sino en constante interacción con la dinámica social más amplia, producto de las prácticas que estructuraban la vida de los individuos en distintos grupos. La competencia por el acceso a los recursos formaba parte de la organización y diversificación de las relaciones sociales y de las estrategias de reproducción del grupo doméstico en sus vínculos con grupos tanto locales como externos. Las prácticas rituales y las ceremonias de reconstrucción de la memoria eran reguladas y se llevaban a cabo también en espacios diferenciados (viviendas, patios y plazas), que servían como puntos de encuentro con funciones particulares. Estas actividades se realizaban en áreas intermedias entre viviendas; su análisis ha revelado concentraciones específicas de actividad en estos espacios, donde se utilizaron diversos artefactos y sustancias químicas que evidencian una gama heterogénea de sus complejos en todos los espacios disponibles.

Las figurillas de barro se encuentran en espacios domésticos (Guernsey, 2012, pp. 102-103), de desecho, en escondites y entierros. Estas se han clasificado por estilo, para conocer la identidad social de la población, interpretar las construcciones de género y conocer la formación de jerarquías (Cyphers, 1993, pp. 209-224; Joyce, 2000, pp. 499-513; Lesure, 1999, pp. 273-286).

Diversos autores han señalado que las mujeres tenían una relación especial con las figurillas y se cree que las hacían y las empleaban durante rituales de ciclos de vida, veneración y comunicación con los antepasados, curativos y de fertilidad (Follensbee, 2000, pp. 65-88; Grove y Gillespie, 2002; Marcus, 1998; Marcus y Flannery, 1996; Cyphers, 1993; Joyce, 2003; Lesure, 1993).

Reyes Parroquín (2013), en su investigación sobre un grupo de figurillas de la costa del Golfo de Veracruz, al comparar dos secuencias estilísticas, descubrió propiedades cíclicas emergentes en el sistema de moda preclásico, incluida la oscilación entre la conformidad estilística local y la proliferación de innovaciones en una sola forma básica. Los atributos fueron importantes para dirigir la atención del espectador al estilo de la figurilla, a cómo se hizo la figurilla y a las elecciones de los fabricantes y usuarios frente a una variedad de formas.

Al respecto, considero que es difícil priorizar o establecer un solo uso, ya que el cuerpo es empleado como el nódulo de la construcción de las categorías de percepción y de las prácticas en la reconstrucción de las relaciones de género y de dominación social a través de las prácticas cotidianas. La representación del cuerpo, entonces, implica categorías de autorreconocimiento, de identificación individual y de identidad social, que pueden ser parte de prácticas individuales o colectivas. A falta de las palabras, los cuerpos funcionan como una escritura que comunica prácticas de reproducción del *habitus* y de organizaciones sociales. Los adornos de los cuerpos y las representaciones eran, en este sentido, formas de mostrar la identidad y la posición social (Schrader, 2019).

Desde un punto de vista de la presentación del cuerpo femenino, para la mayoría de los investigadores, en las representaciones destaca el trabajo de puntualización de adornos, orejeras, peinados, pintura roja y, sobre todo, turbantes, sombreros y tocados. Se trata de un afán de individualidad que quiere mostrar quiénes eran, cómo querían que los demás los identificaran y el reconocimiento que esperaban suscitar en los otros. Las figurillas muestran un *habitus* complejo que es parte de la reproducción, incluso cuando son sacrificadas.

Robles Rosa (2020) considera que los collares y las orejeras, en especial el adorno de la cabeza, son un esfuerzo por indicar aspectos como la individualidad, la originalidad y, al mismo tiempo, el estatus social. En esta línea, partimos del mismo supuesto de que las representaciones son de mujeres específicas y siguen una moda o estilo con el fin de destacar su identificación y su presentación ante los demás como una lengua, comunicando individualidades y significados, mientras dan información específica sobre su posición social.

La comunicación de la posición social a través del uso de un tocado otorgaba un poder simbólico significativo al portador, similar a lo que ocurre en otras culturas con el uso de la corona. Ejemplos de ello los tenemos en el Palacio de Tetitla, Teotihuacán, donde existe registro de la práctica de cierto ritual que culminaba con la colocación del tocado de la Deidad Ave Principal, lo que legitimaba el mandato de quien lo portaba, otorgándole autoridad y reconocimiento social (Gómez, 2020).

Ahora bien, ¿por qué crecen notablemente las figurillas femeninas, en un momento histórico en el cual la organización social se complejiza y se hace más jerárquica, y se van institucionalizando las reglas del juego con las participaciones de los grupos emergentes? Para tratar esa cuestión, este estudio se apoya en la teoría de la práctica para analizar las relaciones sociales y las condiciones materiales que dieron origen a las representaciones femeninas durante el periodo Preclásico (Bourdieu, 2007). Desde esta perspectiva, se entiende la dominación social y de género como un principio del orden social. Esta dominación no se concibe como una estructura rígida o inmutable, sino como una realidad reproducida cotidianamente por las prácticas, cuyas formas de expresión pueden variar notablemente en distintos contextos (Bourdieu, 2006).

El *habitus* se entiende como los esquemas de percepción, pensamiento y acción, encarnados en cada actor social y formados a través de la vivencia, la experiencia y el aprendizaje de normas, lenguajes, comportamientos corporales y valores. Estos esquemas interiorizados orientan las prácticas, estrategias y comportamientos de la persona y el grupo social, dentro de un contexto histórico particular. El acceso y la inversión de los diversos recursos —econó-

micos, sociales, culturales y simbólicos— están estructurados por normas relacionales, que establecen marcos regulatorios históricamente reconstruidos. Lo anterior permitía cimentar las relaciones sociales específicas que organizaban las prácticas. El acceso a cada tipo de recurso tenía reglas implícitas o explícitas, que podían estar institucionalizadas o ser impuestas mediante violencia directa o simbólica.

Con base en este marco teórico, analizo las representaciones femeninas descubiertas en contextos arqueológicos, contrastándolas entre sí, considerando su ubicación contextual y los objetos asociados. Mi hipótesis plantea que dichas representaciones funcionaron como prácticas simbólicas vinculadas a estrategias de acceso a recursos dentro de un contexto de creciente jerarquización y desigualdad social y de género. En este sentido, las imágenes femeninas se interpretan como medios de posicionamiento social dentro de un sistema estructurado de relaciones en diversos campos sociales (Bourdieu y Wacquant, 1995).

Resultados

Zona Olmeca

Las relaciones sociales olmecas estaban basadas en intereses comunes y en promover la integración política, manejar los conflictos y reproducir su poder. La Venta era una ciudad importante con influencia y poder significativos, servía como centro ceremonial y además contaba con edificios administrativos y barrios residenciales (Coe y Diehl, 1980; Drucker, 1952; González Lauck, 1996). Algunas de estas áreas residenciales identificadas, posiblemente estaban reservadas para las élites, espacios públicos o talleres (Colman, 2010, p. 40).

Las representaciones antropomorfas en piedra pertenecían a los grupos con posiciones sociales más elevadas. Los rituales relacionados con estos objetos tenían lugar en plataformas elevadas con gran visibilidad y alrededor de estructuras y monumentos. Las figuras de barro, en cambio, se encontraban en

viviendas, patios y plazas. Todos estos espacios se combinaban y se separaban, mientras individuos y grupos sociales conformaron el paisaje físico de las poblaciones, agrupando a personas en posiciones sociales similares a lo largo del Preclásico Temprano y Medio (Love, 2022). Las figuras de piedra son principalmente de hombres, mientras que las representaciones antropomorfas femeninas en barro son mayoritariamente femeninas.

En La Venta, Tabasco, al igual que previamente en San Lorenzo, los altares (1500-300 a. C.) representan a hombres sosteniendo a un bebé o infante.⁵

Estas figuras monumentales antropomorfas de hombres rara vez se muestran desnudas y su carácter distintivo se expresa mediante su vestimenta y ornatos. El altar-trono 2, en el mismo sitio de La Venta, por ejemplo, tiene un nicho frontal en el que una figura sostiene a otra que representa a un bebé (Stirling, 1943, p. 38). Las figuras monumentales antropomorfas de hombres rara vez se muestran desnudas y su carácter distintivo se expresa mediante su vestimenta y ornatos, como podemos observar en el altar 5 (imagen 1).



Es muy probable que las alianzas olmecas con grupos locales y externos en posiciones sociales superiores se basaran en intereses comunes y en promover la integración política, la gestión de conflictos y la legitimación de su dominación. La mujer, como un bien con la capacidad de dar vida y promover un linaje, era fundamental en las estrategias de posicionamiento social. Su intercambio formaba parte de las prácticas de los actores sociales y grupos en los distintos campos sociales, especialmente en el ámbito familiar, donde

Imagen 1.

Altar 5, La Venta, Tabasco. <https://homepages.bluffton.edu/~sullivanm/mexico/olmec/27.jpg>

⁵ La Venta es una zona arqueológica olmeca ubicada en el municipio de Huimanguillo, al noroeste del estado de Tabasco. Durante el Preclásico Medio (ca. 1200–400 a. C.) funcionó como uno de los principales centros ceremoniales y políticos olmecas, con arquitectura monumental y una clara diferenciación espacial asociada al ejercicio del poder (Drucker, 1952; Coe y Diehl, 1980; González Lauck, 1996).

se consolidaban relaciones sociales jerárquicas y de dominación (Bourdieu y Wacquant, 1995). Probablemente las mujeres no participaban en la mayoría de las decisiones importantes. Hasta ahora, solo se ha encontrado una representación en piedra de una mujer. La legitimidad de la descendencia está representada principalmente por figuras masculinas en los grupos con las posiciones sociales más elevadas y dominantes (imagen 2).

Los objetos y técnicas transportados por hombres y mujeres de distintos grupos circularon con otros tipos de recursos sociales, conocimientos, creencias religiosas y símbolos, compartiendo su universo simbólico con otros centros del Preclásico (Cyphers, 2004). La especificidad de los turbantes sugiere individualidad y, al mismo tiempo, pertenencia. Los tocados podrían haber funcionado como emblemas específicos para diferentes familias o grupos sociales (imagen 3). Algunas figurillas de parejas masculinas y femeninas presentan tocados diferentes, mientras que otras, como las de madre e hijo, muestran joyas y peinados a juego, indicando una herencia de signos de identidad.

Estos elementos podrían haber servido para fortalecer vínculos multigeneracionales y mantener lazos entre comunidades. La mujer a la derecha sostiene a un infante sobre su hombro izquierdo que tiene un gorro similar al de la madre. Las figurillas represen-



Imagen 2.

Representación femenina olmeca, Parque Museo La Venta. <https://www.diariopresente.mx/cultura/regresa-la-diosa-joven-al-parque-museo-la-venta-/235837>

taban a mujeres en distintas etapas de la vida, expresando su individualidad, el valor de su capacidad para procrear y formar descendencia y linajes, incluyendo su valor simbólico como recurso para posicionarse y posicionarse a su grupo socialmente.



En el año 1500 a. C., Chalcatzingo fue un núcleo regional con una posición estratégica al sureste de la cuenca de México-Morelos, donde las comunidades humanas se establecieron en las pendientes norte y oeste de los cerros Cantera y Delgado. Aproximadamente en 1100 a. C., y hasta la fase Cantera (700-500 a. C.), se produjeron cambios drásticos en el espacio, incluyendo la construcción de terrazas en las laderas y una intensificación agrícola bien planificada y coordinada. Las viviendas se distribuyeron según las jerarquías sociales y los grupos en posiciones más altas practicaban tratamientos diferenciados

Imagen 3.

Figurillas femeninas del Formativo Medio. Arriba: piezas de La Venta. Fotos de Ricardo Castro para el Proyecto Catálogo 1.o de Ricardo Armijo/INAH, 1992.

en los entierros, además de contar con plataformas ceremoniales y un altar que aparecen casi al final de la secuencia ocupacional.

Por un lado, hubo un aumento en la especialización artesanal y la expansión de los intercambios de diversos recursos, especialmente de objetos de distinción. El intercambio con otros centros urbanos del Golfo de México, de la costa del Estado de Guerrero, del Valle de Etla en Oaxaca y del Altiplano Central fue significativo. Además, Chalcatzingo pudo haber funcionado como intermediario con otros sitios locales, entablando múltiples alianzas sociales. Por otro lado, se tallaron relieves en las paredes del Cerro de la Cantera, así como numerosas estelas y altares, empleando la misma técnica de trabajo y diversos símbolos que probablemente estaban relacionados con el linaje de distintos grupos.

En los relieves de Chalcatzingo se pueden observar técnicas y símbolos de estilo olmeca. Las escenas monumentales reflejan reclamos políticos con respecto al estatus diferencial, al excluir las imágenes de otros actores sociales. El monumento 21 del Preclásico (imagen 4) representa a una mujer con vestimenta elaborada, sosteniendo sus manos, que probablemente estuvo colocada frente al Monumento 32, una columna que representa a un hombre. Cyphers (1994) sugiere que esta disposición conmemora una alianza matrimonial entre un grupo de alta posición social de Chalcatzingo y otro grupo de origen no local.

Esta representación integra las relaciones sociales de los ámbitos sociales, religiosos, económicos y simbólicos propios de los actores sociales en una posición social elevada. Se considera que el crecimiento generalizado en

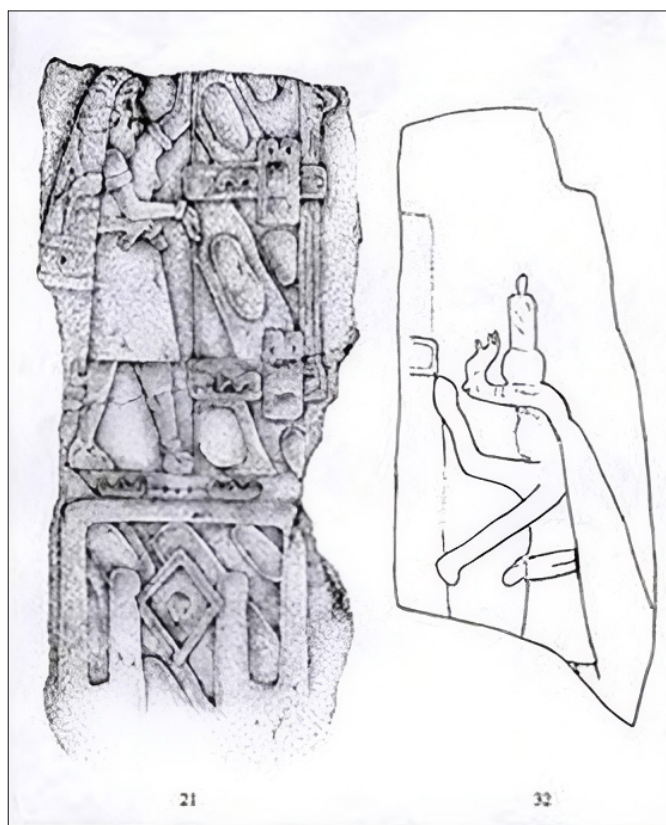


Imagen 4.

Monumentos 21 y 32 de Chalcatzingo, fase Cantera 700-500 a. C. (Grove, 1984, p. 60).

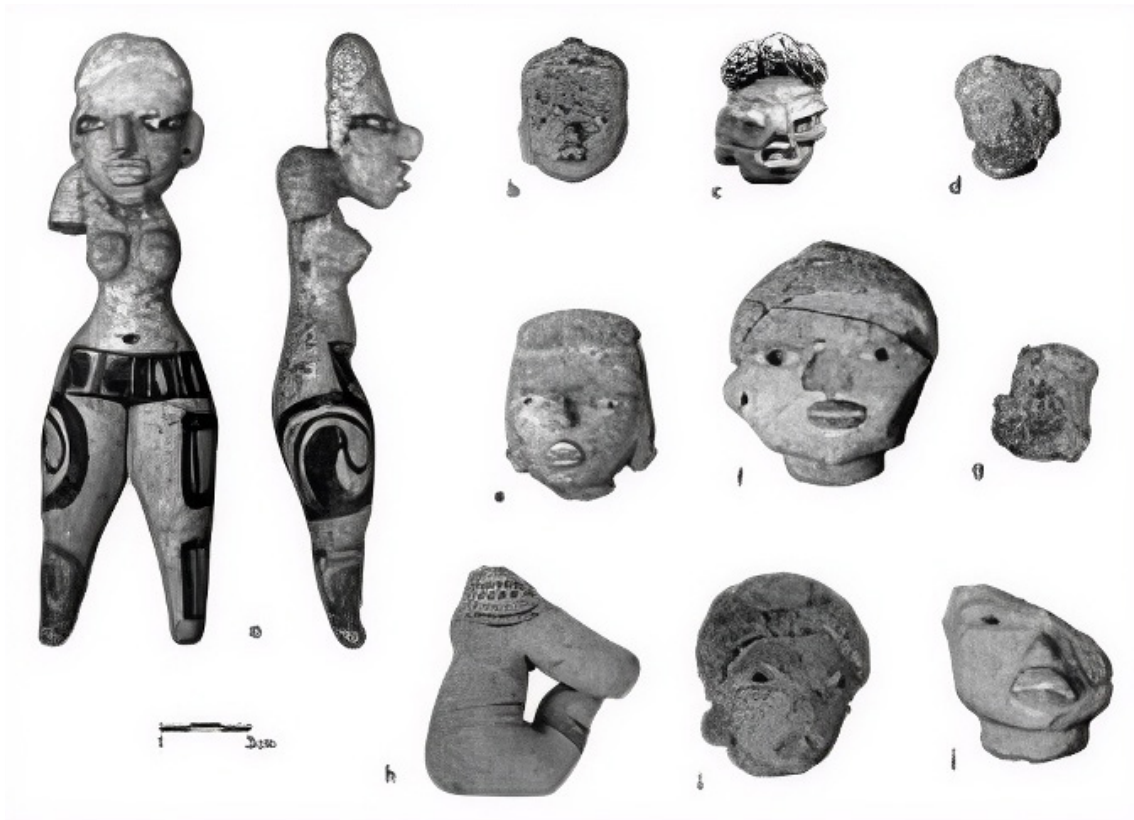
el Preclásico Medio fue resultado de una organización corporativa en todos los niveles de la sociedad. Al respecto, se han identificado diferencias económicas y de rango, así como una relación clara entre la estratificación social y la producción artesanal especializada.

Las estelas talladas están asociadas con los edificios residenciales de élite en Chalcatzingo. Durante el Preclásico Medio (fase Cantera, ca. 700–500 a. C.) eran elaboradas con herramientas de obsidiana bajo la supervisión del grupo en posición social más alta. Por otro lado, a partir del análisis de 5 000 fragmentos de figurillas de barro procedentes de contextos domésticos del mismo contexto surge un debate. Harlan (1987) ha propuesto que su producción estuvo a cargo de un grupo reducido de artesanos, mientras que Hirth (2008) señala que las viviendas excavadas en el sitio albergaban familias extensas ya que todas las viviendas excavadas en Chalcatzingo eran lo suficientemente amplias para albergar familias extensas, en lugar de nucleares.

Huasteca

En este periodo del Preclásico medio, se incrementó la elaboración de adornos, como pendientes, cuentas esféricas, orejeras sólidas o huecas como silbato. Asimismo, hay un mayor número de hachas y objetos de molienda, cacería, recolección de animales y vegetales y para la pesca.

Los adornos aparecen en las figurillas y en los cuerpos de mujeres. En la fase Tampaón (900 a 650 a. C.), por ejemplo, se encuentra un enterramiento primario múltiple, con el cuerpo flexionado lateral derecho (NW-SE) de una mujer de 18 a 20 años, que tiene mutilación dentaria con incrustaciones (Imagen 5). La mutilación dentaria de tipo E1, definida como una incrustación dental realizada mediante la perforación controlada del esmalte para insertar materiales decorativos, es poco frecuente en etapas tempranas del Preclásico. Este tipo de modificación solo se ha documentado tempranamente en Oaxaca, y aparece de forma ligeramente posterior en Uaxactún, Guatemala (Merino Carrión y García Cook, 2005).



Cuenca de México

La cuenca de México es una meseta montañosa que abarca la Ciudad de México y partes de los estados de México, Hidalgo, Tlaxcala, Morelos y Puebla. El periodo Preclásico del centro de México (1400 a. C.-100 d. C.) abarca las principales transformaciones sociales. Sin embargo, estos cambios no se dieron de manera uniforme, ya que los asentamientos con ventajas ecológicas y económicas se volvieron más complejos y contribuyeron a una mayor desigualdad social (Carballo *et al.*, 2012; Merino Carrión y García Cook, 2005).

De acuerdo con los datos obtenidos por Vaillant en la Sierra de Guadalupe, por Piña Chán en Tlatilco y Tlapacoya, y por algunos de los aspectos de las excavaciones de Tolstoy en Tlapacoya, Tlatilco y el Arbolillo, se determina que la cuenca de México se hallaba ocupada hacia el año de 1700 a. C. por grupos aldeanos asentados en las már-

Imagen 5.

Figurillas fase Tampaón, 1100-650 a. C. (Merino Carrión y García, 2005.)

genes de los lagos y serranías inmediatas, donde también hicieron figurillas (Robles, 1971). Durante el Preclásico, los espacios habitados del centro de México representan lugares críticos para entender las principales transformaciones sociales ocurridas en un milenio (900 a. C.-100 d. C.), testigo de la expansión y contracción de redes estilísticas y económicas macrorregionales, la formalización de instituciones políticas y religiosas perdurables y la urbanización inicial y formación del Estado.

La fase cultural de Tzompantepec está relacionada con sitios del norte del valle Puebla-Tlaxcala, hacia el centro y el sur del valle poblano, sincrónicos de la cuenca de México, del sur de Puebla y de Morelos. Se cree que un grupo proveniente del sureste se instaló en Tehuacán en la fase Ajalpan y que compartieron recipientes de cerámica y figurillas similares con los grupos locales.

En Gualupita, Morelos, se encontró un entierro que presentaba cuatro figurillas: dos masculinas y dos femeninas (Vaillant y Vaillant 1934, p. 115). En la imagen 6 vemos a una madre cargando a su bebé con un turbante idéntico. Se cree que cada figurilla representaba a alguien diferente, y que estas figurillas adquieren significado cuando se agrupan (Joyce, 2019).

Durante la fase III Texoloc (800–300 a. C.), definida dentro de la secuencia cronológica del Preclásico en la cuenca de México, la población experimentó un crecimiento del 1600 % en comparación con la fase sedentaria inicial de Tzompantepec y del 275 %

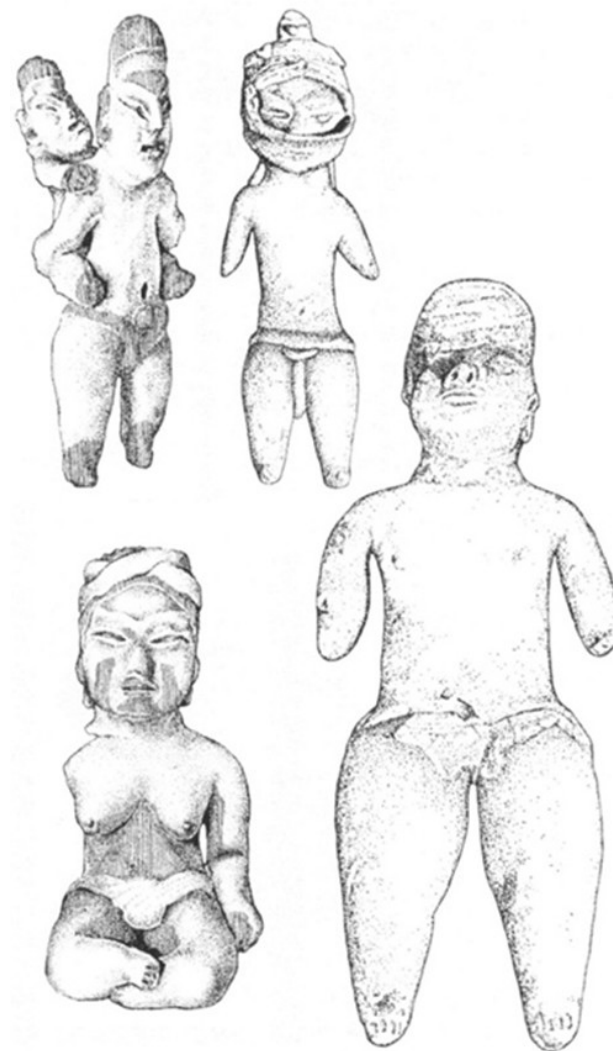


Imagen 6.

Cuatro figurillas encontradas en la misma tumba en Gualupita, México (Vaillant y Vaillant, 1934).

respecto de Tlatempa. Estas fases representan momentos sucesivos de ocupación aldeana, establecidos a partir de tipologías cerámicas, patrones de asentamiento y contextos domésticos, y se aplican a sitios como Tlatilco, Tlapacoya, Zacatenco y El Arbolillo (Vaillant, 1930; Vaillant y Vaillant, 1934; Merino Carrión y García Cook, 2005). Las villas y aldeas se multiplican, al igual que los sitios ceremoniales, lo cual sugiere la consolidación del ámbito religioso fuera del entorno doméstico, asumiendo un papel de control en la economía y la política de la región; posiblemente emergieron cacicazgos o pequeños señoríos.

Se observa un destacado avance tecnológico que permitió una explotación agrícola más eficiente y controlada, además del dominio en la producción de manufacturas como la alfarería y los tejidos. La producción, tanto en la agricultura como en la construcción de estructuras y templos, parece haber tenido un carácter comunal y también individual, lo cual incluyó además la elaboración de artesanías. Este contexto trajo consigo una mayor diferenciación social entre los campesinos aldeanos y los líderes o sacerdotes de los poblados más grandes (imagen 7).

Hay un énfasis en el arreglo personal de las mujeres adultas jóvenes, como lo muestran las figurillas y los esqueletos femeninos de sitios como Tlatilco, donde se ha comprobado que los entierros de jóvenes poseen una serie de adornos de este tipo, mientras que los de las ancianas solo incluían orejeras o un collar (Joyce, 2008). Esta situación, por cierto, continuará observándose en las figurillas mayas, marcando así un tratamiento diferencial del cuerpo de acuerdo con la edad y posición social. Los sitios del Preclásico temprano, contemporáneos a los de la zona de Golfo, son Zohapilco en Tlapacoyan, Tlatilco, Zacatenco y Zazacatla (Plunket y Uruñuela, 2012).

Las figurillas humanas y ajuares funerarios en Tlatilco presentan una forma estilizada y suelen incluir elementos como collares, pendientes y otros ornamentos. Estos objetos podrían indicar diferencias de estatus o roles de género relacionados con las prácticas matrimoniales (imagen 8).



Imagen 7.

Cabezas de figurillas D1 y D2 de Zacatenco. (Vailant, 1930, placa XIX).

Imagen 8.

Mujer joven, Tlatilco, Preclásico. Tipo D2, con deformación craneal, turbante, pintura y orejeras. Excavación, entierro 163, núcleo B-2. https://mediateca.inah.gob.mx/islandora_74/islandora/object/objeto-prehispanico%3A19331.

A lo largo del Preclásico medio, la tradición olmeca comenzó a desvanecerse, dando lugar a tradiciones procedentes de la cuenca de México, Guerrero y el oriente de Morelos en las diversas regiones. Los intercambios estaban en aumento y se observaba una creciente diversidad en las figurillas, especialmente al inicio de esta fase. Además, tanto la cantidad como la variedad de estas figurillas se encontraban también en ascenso. Las figurillas presentan turbantes adornados con ornamentos circulares y mechones, muchas veces similares entre madre y bebé (imagen 9).

Las figurillas estilo A se han encontrado en la cuenca de México en sitios como Tlatilco, Tetelpa y Naucalpan, así como en Puebla y la costa del Golfo. En Morelos tienen mayor presencia en lugares como Zazacatla, Pantitlán y Olin-tepec, donde este estilo es notable. Las figurillas de estilo C 1 (imagen 10), aunque escasas, se han encontrado en distintos sitios de la cuenca de México como Chalco y Tlapacoya, y en Morelos en lugares como Chalcatzingo, Atlihuayán y Olin-tepec. Estas figurillas, de notable calidad, podrían haber sido símbolos de distinción y haber formado parte de los intercambios de mujeres para alianzas.

El desarrollo progresivo de asentamientos organizados en dos, tres y cuatro niveles alrededor de centros subregionales segregados sugiere la evolución de sistemas políticos con jefaturas en competencia, seguidos por el surgimiento de gobiernos regionales durante los siglos finales del Preclásico Tardío (ca. 100 a. C.–1 d. C.). Según Cowgill (1994, p. 55), además de la existencia de una jerarquía de asentamiento en cuatro niveles, hay evidencia sólida de es-



Imagen 9.

Mujer con bebé, Tlatilco, Preclásico medio https://mediateca.inah.gob.mx/islandora_74/islandora/object/objectoprehispanico%3A19306

tratificación institucionalizada y de la presencia de oficinas de gobernanza burocrática en la cuenca de México durante el siglo pasado, lo que indica una organización estatal en esa época.



Las figurillas femeninas empiezan a multiplicarse en la fase Cantera (700-500 a. C.) de Chalcatzingo, Morelos. Las figurillas de cuerpo femenino alcanzaron el 92 %, las masculinas el 3 % y las de niños el 5 % (Cyphers, 1993). Las figurillas de estilo C1 predominan en Chalcatzingo, mientras que su presencia es más limitada en sitios como Olin-tepec, Zazacatla y Zacatenco, en la cuenca de México. Es posible que este estilo C1 haya llegado a través de diversas rutas de intercambio, que están siendo actualmente estudiadas con relación a los tipos de cerámica (Canto y Reséndiz, 2024).

Imagen 10.

Tipos de figurillas C, A y D del altiplano de México. (Merino Carrión y Cook, 2019).

Las abundantes figurillas femeninas del Preclásico medio reflejan diferencias de género, edad, jerarquía y posición social con adornos como orejeras, tocados y collares, así como un tratamiento individualizado en el peinado, sombreros, turbantes o tocados. Estos elementos son signos distintivos que simbolizan aspectos de la identidad social y del género (imagen 10).

Dado que cada uno de los adornos es único, es probable que estos adornos reflejen la posición social de diferentes grupos y familias, sirviendo como marcadores de distinción en contextos familiares, sociales, religiosos y simbólicos. Asimismo, se sostiene que representan aspectos de la identidad de género que trascienden los límites de un binario de género culturalmente establecido. Las figurillas son clasificadas como mujeres debido a la ausencia de genitales masculinos, a excepción de algunos casos aislados, como las representaciones de mujeres embarazadas o maternidades, donde se indica explícitamente el sexo.

Las figurillas de diversos tipos representan a mujeres de distintas posiciones sociales vinculadas con prácticas de sexualidad, maternidad y ritos de transición de la infancia a la adultez. El grupo de figuras femeninas, considerado como representaciones de adolescentes, parece idealizar ciertos tributos femeninos (Meissner *et al.*, 2013; Joyce, 2009).

Aunque no podemos afirmar con certeza que los tocados y adornos fueran idealizaciones, su notable diversidad sugiere que eran intentos de retratar diferentes aspectos de la identidad femenina. Estas figurillas encarnan a mujeres y sus prácticas relacionadas con la reproducción familiar, la maternidad, los ritos de iniciación, la conexión con los ancestros, así como rituales religiosos, mágicos, de curación y ciclos de vida. En el caso de las mujeres adultas jóvenes, se destaca el uso de adornos, especialmente tocados y peinados, tanto en las figurillas como en los restos óseos femeninos. Por su parte, las ancianas solo tenían orejeras o un collar (Joyce, 2000).

Es posible que estos objetos acompañaran a los rituales destinados a la construcción de alianzas entre jóvenes casaderas y sus futuras parejas, funcionan-

do como una inversión en el ámbito familiar, en el proceso de reproducción de personas y linajes. En lo económico y social, estos objetos facilitaban propuestas de alianzas e intercambios, mientras que, en el ámbito religioso, formaban parte integral de ciertos rituales. Así, adquirirían un valor como bienespreciados y de distinción, independientemente de sus usos específicos; tenían la capacidad de transmitir información sobre identidades, pertenencia grupal o *individuos* particulares.

Oaxaca

En Oaxaca, el Formativo Temprano abarca aproximadamente de 1900/1800 a. C. a 900 a. C. y corresponde a la consolidación de aldeas sedentarias definidas por secuencias cerámicas y patrones domésticos tempranos. en Oaxaca, se ha observado un aumento en la cantidad de tipos de figurillas, acompañado de una disminución en la variabilidad dentro de cada tipo. Este cambio sugiere una formalización de relaciones jerárquicas en la sociedad (Blomster, 2009).

Un estudio sobre las prácticas rituales mortuorias asociadas a las figurillas en Tayata, en la Mixteca Alta de Oaxaca, durante un periodo de diversificación de grupos emergentes, revela la naturaleza animista que se atribuía a esos objetos físicos. La práctica de enterrar figurillas completas, observada en diversas regiones de México, como el valle de Oaxaca, refuerza esta interpretación. Algunas se encuentran en escombros con residuos de alimentos, fragmentos de cerámica y cuchillas de obsidiana.

En el sitio de Hacienda Blanca, en la fase Tierras Largas, Valle de México (ca. 1900/1800–1500 a. C.) se encontraron cuatro figurillas completas en una sepultura. En Santo Domingo Tomaltepec, Michael Whalen registró el entierro de una mujer adulta, que data de la fase San José (imagen 11). Estos hallazgos también incluyen figurillas en tumbas, espacios domésticos y escenas cuidadosamente dispuestas dentro de los hogares, ubicadas en contextos secundarios como rellenos y escombros entre las viviendas (Marcus, 1998, p. 3).



Esta evidencia sugiere que las figurillas no solo tenían una función estética, sino que eran elementos activos en rituales y prácticas de significado simbólico, reflejando creencias sobre la vida, la muerte y la estructura social en las comunidades oaxaqueñas de ese periodo.

En los talleres ubicados en los espacios domésticos de Ejutla, en el Valle de Oaxaca, se ha identificado una producción artesanal especializada. Estos talleres elaboraban una variedad de adornos con conchas marinas, principalmente obtenidas de la costa del Pacífico, además de vasijas utilitarias, figurillas y pequeños objetos lapidarios. Una parte significativa de estos productos artesanales estaba destinada al comercio, tanto en rutas comerciales locales como de larga distancia (Feinman, 1999; Feinman y Nicholas, 2024). En la colección de 250 figurillas en La Consentida, se encuentran numerosos fragmentos de tamaño pequeño que fueron recuperados durante las excavaciones realizadas en 2009 y 2010. Estas figurillas son principalmente de carácter antropomorfo y representan formas femeninas.

Imagen 11.

Fase Guadalupe (ca. 900-750 a. C.). (Fotos de Chris Moser, Marcus, 1998, pp. 94-97).

Se encontraron dos figurillas femeninas desnudas, casi idénticas, asociadas al entierro 2, un contexto funerario masculino identificado durante las excavaciones del sitio La Consentida, Oaxaca, correspondiente al Formativo Temprano. El individuo estaba acompañado por un cuchillo de sílex de doble filo, una mano de metate, una piedra de gran tamaño y un posible hueso de quijada de pez colocados bajo el torso; cerca de la cabeza se localizó una botella cerámica con diseño en pigmento rojo, además de una cuenta cerámica y restos faunísticos como parte del ajuar (Hepp, 2011).

Las figurillas completas de La Consentida presentan una estructura hueca y están adornadas con elaborados peinados, tocados, joyas y taparrabos. Los artefactos más antiguos de una ocupación anterior fueron reubicados en el depósito. Hepp (2015) observa una amplia gama de vestimenta para la cabeza, peinados y elementos iconográficos que presentan rasgos generales o esquemáticos, al mismo tiempo que rostros individualizados. Como en algunos de los casos anteriores, destaca la amplia diversidad de adornos, peinados, tocados y vestimentas, los cuales se consideran como expresiones de la búsqueda de diferenciación individual. Estos elementos se relacionan con el ritual mortuario, posiblemente vinculado con eventos públicos que incluían banquetes, música y baile.

En la región norte de Veracruz, extendiéndose desde Tuxpan al sur hasta la localidad de Tlacotlán y el río Papaloapan, ocurrió un intercambio cultural entre diferentes regiones, el cual se refleja en las figurillas halladas en varios sitios arqueológicos, las cuales presentan similitudes estilísticas, manteniendo al mismo tiempo su singularidad. Probablemente, las figurillas fueron trasladadas de comunidades aledañas e intercambiadas durante ceremonias especiales, como matrimonios, fomentando alianzas a través de un extenso territorio, como lo han sugerido Hendon *et al.* (2014). Por ejemplo, entre Veracruz y Juchitán (imagen 12).

Las representaciones femeninas, con ornamentos específicos que actuaban como símbolos o emblemas de pertenencia a un grupo y con rostros diseñados de forma individualizada, configuran un *habitus* y reflejan las relaciones



sociales que le dieron forma. Estas representaciones persistieron durante los periodos siguientes, Clásico y Posclásico. La combinación de tocados singulares y ornamentos específicos, como orejeras, collares, pendientes y vestuarios en estilos similares, funcionaban casi como una moda, convirtiéndose en símbolos de reconocimiento y distinción social. Las diferencias radican en la calidad de la ejecución, que fue mejorando con el tiempo; por ejemplo, los materiales empleados se hicieron más finos para los individuos en posiciones sociales más elevadas y el desarrollo de los textiles permitió la inclusión de vestimentas elaboradas. Sin embargo, cada representación corporal se distingue gracias a la combinación y la naturaleza específicas de los ornamentos que emplean componentes similares.

Con el tiempo, las figurillas de barro se simplificaron y se utilizaron moldes para su fabricación, pero aun así se les agregaban detalles específicos que proporcionaban información individualizada. Las coberturas de la cabeza,

Imagen 12.

Figurillas de Veracruz (izquierda) y Juchitán (derecha). Collage de la autora. Colección arqueológica de la Casa de la Cultura de Juchitán (Fernández Dávila, 2024).

los ornamentos y las facciones se retocaban cuidadosamente. Lo anterior sugiere que, durante el Preclásico, se instauraron las modalidades de presentación del cuerpo que evolucionaron en paralelo con la creciente complejidad e institucionalización de la organización social. Este proceso refleja un equilibrio de dominación, a menudo sustentado en la violencia física o simbólica, lo que contribuía a la perpetuación de las desigualdades sociales y de género.

Pacífico

En los conjuntos de figurillas de la costa del Pacífico, particularmente en el Soconusco, se observa una marcada diversidad de género, edad y estatus social, reflejo de la heterogeneidad de los grupos sociales del Formativo Temprano y Medio (Lesure, 1993). Entre 1984 y 1993 se llevaron a cabo investigaciones en el sitio Paso de la Amada, en la región del Soconusco, costa del Pacífico de Chiapas, donde se registraron 27 entierros correspondientes al Formativo Temprano. Uno de los más destacados es el denominado entierro Vivero, localizado en un pozo de prueba, que contenía los restos de un niño de aproximadamente 11 años con pigmentación roja en los huesos, acompañado por una piedra verde de río y un espejo de mica colocado sobre la frente (Ardren, 2007). Es probable que el espejo estuviera adherido a un fragmento de cerámica y formara parte de un adorno para la cabeza.

Al respecto, John Clark y Michael Blake (1989) han observado que algunas figurillas contemporáneas presentan espejos en la frente, los cuales están adheridos a un adorno especial que posiblemente denotaba un estatus privilegiado. Este fenómeno también ha sido documentado en las culturas olmeca (Murdy, 1981) y maya (Schele y Miller, 1983), lo cual sugiere que este individuo nació en una posición social más elevada que otros individuos en entierros contemporáneos. Solo en el 33 % de los entierros se encontraron ofrendas no perecederas, como piedras de río, vasijas de cerámica, cuentas de piedra verde tallada, aretes de mineral de hierro, un hacha miniatura, un espejo de mica y una mano con su mortero.

Los restos femeninos y las representaciones de mujeres aportan información sobre las trayectorias de posicionamiento social dentro de una jerarquía, tanto en las relaciones sociales en el ámbito de lo familiar, como dentro sus grupos y en sus interacciones con otras comunidades. Fragmentos de figurillas rotas han sido hallados en desechos domésticos, rellenos de construcción y en los suelos de viviendas, lo que sugiere su presencia en prácticamente todos los contextos arqueológicos. Las figurillas más antiguas se clasifican en dos categorías: rústicas y refinadas, diferenciadas por sus características de fabricación y representación, como su construcción sólida o hueca, representando a mujeres u hombres, y el acabado pulido o sin pulir. Es muy probable que algunas de estas figurillas fueran elaboradas por artesanos especializados, con costos variables en función de la posición social de quienes las encargaban o adquirían.

Las figuras humanas fueron pocas en las primeras fases en el sitio arqueológico Paso de la Amada. Las figurillas olmecas aparecieron alrededor de 1400 a. C. y desaparecieron más o menos en 1150 a. C. En los sitios grandes de los estuarios de la costa del Pacífico aparecen pocas figurillas; sin embargo, una excepción notable se documentó en El Varal, en la región del Soconusco, costa del Pacífico de Chiapas, donde se localizó un número amplio de figurillas asociado con el final de la fase Jocotal (900–850 a. C.) (Lesure, 1993). Este cambio señala el comienzo del Formativo Medio, cuando las figurillas alcanzaron su máxima producción y diversidad estilística, documentada en La Blanca, en la costa del Pacífico de Guatemala, y en la cuenca del río Naranjo, también en el Pacífico guatemalteco (Arroyo, 2002; Coe, 1961).

Las estatuas sólidas y rústicas representan figuras femeninas desnudas con proporciones exageradas en sus nalgas y pechos, y carecen de brazos. Los rostros tienen rasgos representados de manera rápida mediante trazos simples para los ojos y la boca, y la nariz se representa con un pequeño fragmento de barro dispuesto de forma vertical. En contraste, las figurillas huecas están elaboradas con múltiples colores, fueron pulidas y representan figuras más reales. Posiblemente fueron retratos de individuos de alto rango social, elaborados por especialistas vinculados con extensas plataformas residenciales en Paso de la Amada (Clark y Blake, 1994; Lesure y Blake, 2002).

Las figuras huecas de hombres fueron reemplazadas por figurillas sólidas, obesas y antropomorfas, muchas de las cuales parecen estar agachadas o sentadas. Unas de estas figurillas están desnudas con estómagos sobresalientes, mientras que otras poseen adornos elaborados, como collares en el cuello y borlas (Lesure, 1993). Los adornos revelan los estilos específicos de sombreros que varían según la región, sugiriendo que esta diversidad está ligada a la identidad de grupo y que los tocados pudieron haber funcionado como emblemas distintivos entre diferentes comunidades.

Algunas figurillas de parejas masculinas y femeninas presentan tocados diferenciados, mientras que otras, como las representaciones de madre e hijo, comparten joyas y peinados similares a los de la figura materna, lo que sugiere una transmisión de signos de identidad. Este tipo de recurrencias iconográficas ha sido interpretado como un mecanismo para reforzar vínculos multigeneracionales y relaciones de parentesco dentro y entre comunidades (Joyce, 2000; Hendon *et al.*, 2014; Lesure, 1999).

Playa de los Muertos

En Playa de los Muertos, en el valle del río Ulúa, Honduras (900–300 a. C.), las figurillas representan personajes individuales con ornamentación distintiva que refleja diferencias de edad y posición social. En muchas sociedades centroamericanas, la cabeza constituyó el principal espacio corporal para marcar la identidad adulta mediante peinados, tocados y adornos; algunas figurillas de este sitio presentan una ornamentación limitada en esa zona, lo que sugiere un tratamiento diferencial del cuerpo según la edad o el estatus (Joyce, 1998). La variación en la ornamentación —desde pocos adornos hasta un uso abundante de joyas— también se observa en los cuerpos recuperados en entierros contemporáneos (imagen 13).

En las excavaciones realizadas en 16 entierros en Playa de los Muertos se documentaron diez sartas de cuentas diferentes (Popenoe, 1934; Joyce, 1992, 1996). Para la confección de los artefactos destinados a mujeres adultas se



emplearon materiales como piedra verde y cerámica, mientras que los accesorios utilizados en brazos y cuello de individuos de distintas edades fueron elaborados principalmente con concha. La única representación que muestra a un infante sostenido por un individuo adulto presenta ornamentos en las extremidades conservadas del niño, pero carece de collar o adorno pectoral.

En el Entierro 8 de Playa de los Muertos (Popenoe, 1934), dos figurillas y cuatro vasijas cerámicas fueron depositadas junto a un niño. El individuo portaba un adorno de cuentas de concha blanca en la cabeza y un colgante central; una doble hilera de cuentas de piedra verde formaba un cinturón en la cintura, y una serie de colgantes de piedra verde en forma de “pico de pato” se localizaban en el cuello. En contraste, no se documentaron adornos auriculares.

Las joyas funerarias coinciden con las observadas en las figurillas del sitio, particularmente en las categorías tipológicas Clase 2, Clase 3 y Clase 4 definidas por Joyce. Las Clases 2 y 3 agrupan figurillas con ornamentación concentrada o especialmente abundante y diversa, mientras que la Clase 4 corresponde a representaciones con ornamentación básica y limitada, generalmente restringida a tobillos o muñecas, y asociada principalmente a infantes. La selección del tratamiento del cabello y de los adornos no fue arbitraria: más del 85 % de las figurillas presentan ornamentos en orejas, cuello, muñecas o tobillos, y la mayoría incluye collares o colgantes (Joyce, 1992; 2003).

Imagen 13.

Diversas formas de representación para la cabeza. Playa de los Muertos. Peabody Museum. 2. 29-54-20/C10979. 3. Frente y costado. Peabody Museum 31-43-20/C13692. <https://collections.peabody.harvard.edu/objects/details/365784>.

Las figuras que conservan brazos o piernas muestran con frecuencia hilos adicionales de cuentas en las muñecas (93 %) o en los tobillos (86 %). Estas recurrencias coinciden con los patrones documentados en los entierros, donde tanto jóvenes como adultos portaban distintos tipos de cuentas en las mismas áreas del cuerpo. Los adornos para los tobillos, más comunes en las figurillas de Clase 4, se registraron exclusivamente en entierros infantiles. Finalmente, los contextos funerarios destacan por la restricción de un tipo específico de ornamentación corporal: los adornos auriculares, que solo aparecen en entierros de adultos, a pesar de la elaboración notable de los ornamentos presentes en los cuerpos de los niños (Joyce, 2003, pp. 248–261; Joyce, Hendon y Sheptak, 2008, p. 258).

Conclusiones

Por un lado, los espacios domésticos de los grupos de mayor estatus social compartían la especialización artesanal de sus vecinos o de comunidades enteras, lo que les permitía poseer objetos exclusivos o suntuarios. Esta disposición no solo reflejaba su poder, sino que también promovía su reconocimiento social mediante una cuidadosa organización del espacio y los monumentos, junto con una arquitectura diseñada para facilitar un acceso físico diferenciado. En los centros más grandes, estos grupos privilegiados expresaban su dominio y distinción a través de esculturas, plataformas y otros monumentos elaborados con materiales valiosos. Por otro lado, el incremento de figurillas de barro en los espacios domésticos de grupos emergentes sugiere que estos lugares también funcionaban como talleres, en donde los artesanos desarrollaban su oficio y construían una identidad colectiva. Los recursos disponibles para construir trayectorias de reconocimiento simbólico incluían objetos de diversa calidad material y niveles variados de especialización artesanal.

Concluyo que los grupos emergentes empleaban figurillas femeninas en prácticas de violencia simbólica, integrándolas en sus estrategias de posicionamiento social y acceso a recursos, en un contexto de crecimiento, jerarquización y desigualdad social y de género. Aunque estas figurillas no eran retratos

en el sentido que les damos actualmente, buscaban representar individuos, especialmente a través de las cabezas y sus adornos. Esta práctica se hizo aún más evidente entre los grupos dominantes. Los tocados, peinados, turbantes y sombreros eran indicadores de rango o de pertenencia a un grupo, linaje o estado civil, aludiendo a ancestros, personajes reales o convencionales, seres míticos, jefes o deidades. Como en otros ámbitos, el acceso a los recursos de conocimiento, económicos y sociales no era equitativo, además, la competencia por estos recursos también incluía aquellos simbólicos, que aseguraban el reconocimiento de la validez de ciertos individuos y grupos sociales.

Considero que las figurillas incorporaban rasgos visibles (la forma del cuerpo, la postura, los tocados y los adornos) que ayudaban a las personas a reconocer diferencias de edad, género y posición social. Estos elementos visuales orientaban la manera en que los individuos interpretaban el mundo social y actuaban dentro de él, formando parte de esquemas aprendidos y reproducidos cotidianamente, en el sentido propuesto por la teoría del *habitus* (Bourdieu, 2007).

A través de su presentación corporal, estas figurillas ofrecen indicadores para la identificación y el reconocimiento de individuos y grupos específicos; asimismo, creo que también servían como objetos de distinción social, impulsando el reconocimiento de las posiciones sociales que sus creadores estaban construyendo. Cada figurilla es única, reflejando las particularidades individuales y la pertenencia a una posición social específica. En general, las figurillas, posiblemente elaboradas por las propias portadoras o por un colectivo, representaban con barro las formas en que los actores sociales definían su identidad y sus relaciones sociofamiliares, destacando aspectos propios que deseaban mostrar a los demás.

Aunque las representaciones femeninas de los grupos dominantes no utilizaban barro, sino piedra, en ambos materiales los adornos en las figurillas revelan una variabilidad de detalles y estilos específicos, estrechamente vinculados con la identidad individual. Además, la frecuencia de los hallazgos varía según el sitio. En ciertos conjuntos, las figurillas que representan parejas masculinas y femeninas exhiben tocados diferenciados, mientras que aquellas asociadas a

escenas de maternidad presentan una correspondencia deliberada en peinados y ornamentos entre la figura adulta y el infante. Esta recurrencia sugiere la transmisión intergeneracional de marcadores de identidad y su posible función en la articulación de vínculos familiares ampliados y relaciones comunitarias.

Las prácticas de veneración de ancestros y las prácticas mortuorias variaban significativamente según la diferenciación social y los distintos gremios. Dentro del ámbito familiar-social, se desarrollaban prácticas como la conservación de cuerpos o partes de estos bajo los suelos, en los patios o, en algunos casos, ocultos junto a ciertos objetos o huesos en rituales de construcción de las viviendas. Las actividades relacionadas al uso de la tierra y el agua, los ciclos agrícolas y las prácticas para promover la fecundidad, propiciar la lluvia o prevenir el desbordamiento de los ríos se diferenciaban según las relaciones y rangos dentro de cada campo. Por ejemplo, la posición social del jefe de familia se distinguía de la posición en las relaciones de trabajo comunal o tequio, donde quienes poseían mayor conocimiento y reconocimiento social lideraban la convocatoria y organización para proyectos de construcción colectiva.

El concepto de fecundidad variaba considerablemente entre una familia o grupo con posición social baja y aquellos que buscaban consolidar su predominio y asegurar su continuidad generacional mediante la transmisión del estatus a sus descendientes. Las prácticas de violencia simbólica, como los rituales asociados a los ciclos de vida, alianzas, matrimonio, prácticas mortuorias, cachés, ofrendas de fundación o clausura de edificios y el intercambio de dones, implicaban la interacción de múltiples campos que se entrelazaban: el de poder, económico, familiar y cultural.

Desde el Preclásico Temprano hasta el final del Preclásico Medio, se observa una tendencia hacia la disminución en la intensidad de las interacciones a larga distancia y disminución en el rango geográfico del comercio. Estas dos tendencias contribuyeron a una mayor divergencia regional en los estilos cerámicos, que alcanza su punto máximo en el Preclásico Tardío en Mesoamérica, reflejando así una identidad cultural diferenciada y el fortalecimiento de sistemas de poder localizados (Stoner y Nichols, 2019).

La producción de objetos en Mesoamérica se llevaba a cabo tanto en el ámbito doméstico como en talleres especializados, muchos de los cuales estaban destinados a la fabricación de bienes suntuarios. Aunque la obsidiana no era esencial para las actividades cotidianas, dado que materiales como el peder-nal eran más accesibles para el corte, se considera un bien suntuario de gran valor. La extracción intensificada y el transporte a largas distancias de la obsidiana evidencian un creciente nivel de interconexión entre las diferentes regiones de Mesoamérica.

Este intercambio de obsidiana, junto con otros bienes, probablemente fomentó la integración de hogares, tanto pequeños como grandes, en un sistema regional de intercambio. Esto promovió no solo el comercio de bienes materiales, sino también la expansión de relaciones sociales, rituales, peregrinaciones y matrimonios, vinculados con la circulación de productos y la creación de alianzas interregionales (Englehardt y Carrasco, 2018).

Las figurillas, con alta probabilidad, fueron trasladadas desde comunidades aledañas e intercambiadas durante ceremonias especiales, como matrimonios, lo cual facilitaba la formación de alianzas en una extensa región (Hendon *et al.*, 2014). Estas figurillas acompañaban a quienes se desplazaban, como las mujeres que dejaban sus familias de origen para integrarse a otras unidades familiares, distintas en composición y relaciones de consanguinidad, lo que convierte a las figurillas en bienes altamente valorados en las diversas organizaciones sociales (Arnold, P. J. III., 2009; Clark y Cheetham, 2002; Clark *et al.*, 2007; Killion, 2013; Lesure *et al.*, 2006; Rosenswig, 2004, 2012, 2015; Taube, 2000; Zizumbo-Villarreal *et al.*, 2012).

Desde la familia y la economía hasta la religión y la política, la creación, posesión, uso y eliminación de figurillas de arcilla constituyeron en sus inicios un método de diferenciación social y de identificación de individuos y grupos que ocupaban posiciones socialmente superiores, según esta investigación. Esta práctica de comunicación, en ausencia de un sistema de escritura, contribuyó a la construcción y organización de los grupos sociales en competencia por distintos tipos de recursos. A fines del Formativo Medio, se añadieron

inscripciones escritas y calendáricas a algunas esculturas monumentales, lo cual especificó aún más las identidades históricas de los que monopolizaban el privilegio de ser representados. El intercambio de bienes e ideas entre comunidades de diversas regiones se manifiesta claramente en sitios como Oaxaca y la Cuenca de México. Las mujeres enterradas en las pirámides de Los Naranjos (Honduras), Chalcatzingo (en el altiplano mexicano) y La Venta (en la costa del Golfo) exhiben tipos similares de adornos, aunque adaptados con características distintivas propias de cada región (Joyce, 1999).

Las estrategias implementadas en distintos campos habrían variado a lo largo de los periodos, pero es en el ámbito familiar donde las estrategias para participar en la distribución de bienes, asegurar la sucesión y garantizar la continuidad del acceso a los recursos tendrían que haberse consolidado, basadas en una posición social específica y determinada por el acceso a los diferentes recursos. En este contexto, la posición social de las mujeres, especialmente a partir de cierta edad, estaba en gran medida condicionada por el matrimonio y su capacidad de asegurar continuidad de la familia y de las generaciones.

Durante el Preclásico, el campo religioso comenzó a consolidarse con reglas propias de inversión y competencia por recursos. La complejidad del reconocimiento de quién tenía derecho de reproducir rituales y formas simbólicas de pensamiento se profundiza, y las características de este ámbito pueden o no estar vinculadas con lo doméstico y lo público. Los grupos dominantes hicieron grandes esfuerzos por ser reconocidos y asegurar la continuidad del poder, utilizaron representaciones, rituales y normatividades que legitimaban la diferenciación social y de la desigualdad de género. Las prácticas de representación se asocian estrechamente con la evidencia del cuerpo como reflejo de una jerarquía social desigual, establecida mucho antes de la complejización de las sociedades mesoamericanas. Estas prácticas corporales y representaciones se entrelazan con los ritos de paso, el linaje y la reproducción de la violencia simbólica y la dominación social y de género.

Las prácticas de reproducción que afectaban a las mujeres experimentaron pocas variaciones a lo largo de los siglos. La secuencia de crecimiento, ma-

rimonio, maternidad, cuidado de la vida familiar y educación de los hijos marcaba sus trayectorias, insertándolas en la reproducción del grupo social y vinculándolas con otras áreas como la economía, la política y la religión. Las diferentes estrategias en la competencia por los recursos están acotadas por la organización social que, cambiantes a lo largo del Preclásico, construyeron y naturalizaron normativas restrictivas, frente a las cuales los diversos actores sociales tienen un margen de acción restringido con relación a sus recursos personales o familiares y por su posición social.

Siguiendo a Rosemary Joyce (2000), considero que las representaciones y los signos corporales y materiales plantean desafíos adicionales de interpretación sobre cómo encarnaban trayectorias sociales en la lucha por los recursos, en especial simbólicos. La reconstrucción de jerarquías y la competencia por estos recursos involucran un entramado complejo de prácticas, revelando una estructura de relaciones interconectadas en distintos campos sociales, lo que complica aún más el análisis de las prácticas de poder y las estrategias de legitimación.

Bourdieu propone un análisis materialista de la economía de los bienes simbólicos, como alternativa superadora de la dicotomía entre lo «material» y lo «espiritual». Esta distinción ha fragmentado los estudios sobre desigualdad de género: por un lado, los enfoques «materialistas» que explican la desigualdad a través de las condiciones de producción; por otro, los estudios «simbólicos», ricos en matices, pero frecuentemente parciales. En contraposición, sugiere abordar las sociedades organizadas según principios de dominación a través del análisis de estructuras persistentes —relativamente estables— que son reproducidas por prácticas, discursos y rituales estereotipados. Estas estructuras siguen reproduciéndose en los cuerpos y sus disposiciones cognitivas contemporáneas (Bourdieu, y Wacquant, 1995).

En conclusión, los esquemas cognitivos que organizan la percepción y prácticas del cuerpo no son neutros ni objetivos. Están profundamente impregnados por principios simbólicos y categorizaciones de la organización social que se reconstruyen y mantienen la dominación social y de género.

Referencias

- Ardren, T. (2007). Studies of gender in Prehispanic Americas. *Journal of Archaeological Research*, 16(1), 1–35. DOI: 10.1007/s10814-007-9012-7
- Arnold, P. J. III. (2009). Settlement and subsistence among the Early Formative Gulf Olmec. *Journal of Anthropological Archaeology*, 28(3), 397–411. <https://doi.org/10.1016/j.jaa.2009.05.002>
- Arnold, J. E. (1996). The archaeology of complex hunter-gatherers. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 3(2), 77–126. <https://doi.org/10.1007/BF02228931>
- Arroyo, B. (2002). Appendix I: Classification of La Blanca figurines. En M. W. Lowe (Ed.), *Early complex society in Pacific Guatemala: Settlements and chronology of the Río Naranjo, Guatemala* (pp. 253–264). New World Archaeological Foundation (Brigham Young University, Provo, Utah).
- Benson, E. P., y De la Fuente, B. (Eds.). (1996). *Olmec art of ancient Mexico*. National Gallery of Art.
- Blomster, J. P. (2009). Identity, gender, and power: Representational juxtapositions in Early Formative figurines from Oaxaca, Mexico. En C. Halperin, K. A. Faust, R. Taube, y A. Guiguet (Eds.), *Mesoamerican figurines: Small-scale indices of large-scale social phenomena* (pp. 119–148). University Press of Florida. <https://upf.com/book.asp?id=HALPE09>
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Siglo XXI Editores Argentina.
- Bourdieu, P. (2006). *La dominación masculina* (J. Jordá, Trad.). Anagrama. (Obra original publicada en 1998)
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. J. D. (1995). *Respuestas: por una antropología reflexiva*. Editorial Grijalbo.
- Brumfiel, E. M. (1994). Introduction. En E. M. Brumfiel y J. W. Fox (Eds.), *Factional Competition and Political Development in the New World* (pp. 3–14). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511598401>
- Canto Aguilar, G. y Reséndiz Machón, J. F. (2024, 8 de noviembre). Los olmecas del valle de Chautla. En *Suplemento Cultural El Tlacuache* (N.º 1153, pp. 127). Centro INAH Morelos. https://www.inah.gob.mx/images/suplementos/tlacuache/1153/web/20241106_Tlacuache_1153.pdf
- Carballo, D., Roscoe, P. y Feinman, G. (2012). Cooperation and collective

action in the cultural evolution of complex societies. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 21(1), 98–133. <https://doi.org/10.1007/s10816-011-9122-9>

Clark, J. E. y Blake, M. (1989). El origen de la civilización en Mesoamérica: Los olmecas y mokayas del Soconusco de Chiapas, México. En M. Carmo-na Macías (Coord.), *El Preclásico o Formativo: Avances y perspectivas* (pp. 385–403). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Clark, J. E. y Blake, M. (1994). The power of prestige: Competitive generosity and the emergence of rank societies in lowland Mesoamerica. En E. M. Brumfiel y J. W. Fox (Eds.), *Factional competition and political development in the New World* (pp. 17–30). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511598401.003>

Clark, J. E. y Cheetham, D. (2002). Mesoamerica's tribal foundations. En W. A. Parkinson (Ed.), *The archaeology of tribal societies* (pp. 278–339). International Monographs in Prehistory.

Clark, J. E., Pye, M. y Gosser, D. (2007). Thermolithics and corn dependency in Mesoamerica. En L. S. Lowe y M. E. Pye (Eds.), *Archaeology, art, and ethnogenesis in Mesoamerican prehistory: Papers in honor of Gareth W. Lowe* (Vol. 68, pp. 23–42). New World Archaeological Foundation.

Coe, M. D. y Diehl, R. A. (1980). *In the land of the Olmec: Vol. 1. The archaeology of San Lorenzo Tenochtitlán*. University of Texas Press.

Colman, A. S. (2010). Craft production and social organization at La Venta, Tabasco (Tesis doctoral). University of Kentucky.

Cowgill, G. L. (1994). State and society at Teotihuacan, Mexico. *Annual Review of Anthropology*, 23, 129–161. <https://doi.org/10.1146/annurev.an.23.100194.001021>

Cyphers, A. (1993). Women, rituals, and social dynamics at ancient Chalcatzingo. *Latin American Antiquity*, 4(3), 209–224. <https://doi.org/10.2307/971693>

Cyphers, A. (1994). Las mujeres de Chalcatzingo. *Arqueología Mexicana*, (7), 70–73. <https://arqueologiamexicana.mx/mexico-antiguo/las-mujeres-de-chalcatzingo>

Cyphers, A. (2004). *La escultura olmeca de San Lorenzo Tenochtitlán*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antro-

- pológicas. <https://books.google.com/books?id=395-PnjgRKMC>
- Drucker, P. (1952). *La Venta, Tabasco: A study of Olmec ceramics and art* (Bulletin 153). Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology. <https://repository.si.edu/items/187b5f9e-53e2-4659-b97f-36c142917e53>
- Englehardt, J. D. y Carrasco, M. D. (2018). *Interregional interaction in ancient Mesoamerica*. University Press of Colorado. <https://library.oapen.org/handle/20.500.12657/24387>
- Feinman, G. M. (1999). Rethinking our assumptions: Economic specialization at the household scale in ancient societies. *Archaeological Papers of the American Anthropological Association*, 9(1), 81–98. <https://doi.org/10.1525/ap3a.1999.9.1.81>
- Feinman, G. M., y Nicholas, L. M. (2024). Craft production, exchange, and social differentiation in prehispanic Oaxaca. *Journal of Archaeological Research*. <https://doi.org/10.1007/s10814-023-09192-3>
- Fernández Dávila, E. G. (2024). *Lidxi Guendabiaani. La colección arqueológica de Juchitán*, México. ISBN 978-607-8799-45-9.
- Follensbee, B. J. A. (2000). Sex and gender in Olmec art and archaeology (Tesis doctoral). University of Maryland.
- Fulton, R. (2015). Figurines: Mesoamerica. https://www.academia.edu/download/35394743/Sexuality_Meso_Figurines.pdf
- Gómez Palacios, R. (2020). Los tocados mayas en el discurso político: Un estudio de caso de los tocados de serpiente acuática durante el Clásico Tardío. *Estudios de Cultura Maya*, 55, 151–181. <https://doi.org/10.19130/iifl.ecm.2020.55.997>
- González Lauck, R. (1996). *La Venta, Tabasco: Un sitio olmeca*. INAH.
- González Licón, E. (2004). Estado y sociedad: Estudio de género en el Valle de Oaxaca. En M. J. Rodríguez-Shadow (Coord.), *Memorias de la III Mesa de Estudios de Género* (pp. 171–186). INAH.
- Grove, D. C. (1984). *Chalcatzingo*. Dumbarton Oaks.
- Grove, D. C., y Gillespie, S. D. (2002). Ideology and early ceremonial centers in Mesoamerica. En J. E. Clark y M. E. Pye (Eds.), *Olmec art and archaeology in Mesoamerica* (pp. 265–283). National Gallery of Art.
- Guernsey, J. (2012). *Sculpture and social dynamics in Preclassic Mesoamerica*. Cambridge University Press.

- Harlan, M. (1987). Chalcatzingo's formative figurines. En D. C. Grove (Ed.), *Ancient Chalcatzingo* (pp. 252-263). University of Texas Press. https://www.famsi.org/research/grove/chalcatzingo/grove_ch14.pdf
- Hendon, J. A., Joyce, R. A. y Lopiparo, J. (2014). *Material relations: The marriage figurines of Prehispanic Honduras*. University Press of Colorado. <https://books.google.com/books?id=rYngCwAAQBAJ>
- Hepp, G. (2015). *La Consentida: The origins of village life in coastal Oaxaca, Mexico* (Tesis doctoral, University of Colorado Boulder).
- Hirth, K. G. (2008). Unidad doméstica, comunidad y artesanía en un cacicazgo del Formativo Medio: Revalorando la importancia del Proyecto Chalcatzingo. En A. Cyphers y K.G. Hirth (Eds.), *Ideología política y sociedad en el periodo Formativo: Ensayos en homenaje al doctor David C. Grove* (pp. 93-125). Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- Joyce, R. A. (1992). Dimensiones simbólicas del traje en monumentos clásicos mayas: La construcción del género a través del vestido. En L. Asturias de Barrios y D. Fernández García (Eds.), *La indumentaria y el tejido mayas a través del tiempo* (pp. 29-39). Museo Ixchel del Traje Indígena.
- Joyce, R. A. (1996). Gender and power in Prehispanic Honduras. En V. Galloway (Ed.), *Gender in Archaeology* (pp. 167-189). University of Pennsylvania Press.
- Joyce, R. A. (2000). Girling the girl and boyng the boy: The production of adulthood in ancient Mesoamerica. *World Archaeology*, 31(3), 473-483.
- Joyce, R. A. (2003). Making something of herself: Embodiment in life and death at Playa de los Muertos, Honduras. *Cambridge Archaeological Journal*, 13(2), 248-261. <https://doi.org/10.1017/S0959774303000156>
- Joyce, R. A. (2008). *Ancient bodies, ancient lives: Sex, gender, and archaeology*. Thames and Hudson.
- Joyce, R. A. (2009). Making a world of their own: Mesoamerican. En C. T. Halperin, K. A. Faust, R. Taube, y A. Giguët (Eds.), *Mesoamerican figurines: Small-scale indices of large-scale social phenomena* (pp. 407-425). University Press of Florida.
- Joyce, R. A. (2019). Studying figurines. *Journal of Archaeological Research*, 27(1), 1-47. <https://doi.org/10.1007/s10814-018-9124-6>

- Joyce, R. A., Hendon, J. A., y Sheptak, R. (2008). Una nueva evaluación de Playa de los Muertos: Exploraciones en el periodo Formativo Medio en Honduras. En A. Cyphers y K. G. Hirth (Eds.), *Ideología política y sociedad en el periodo Formativo: Ensayos en homenaje al doctor David C. Grove* (pp. 283–310). Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- Killion, T. (2013). Nonagricultural cultivation and social complexity. *Current Anthropology*, 54(5), 569–606. <https://doi.org/10.1086/672094>
- Lesure, R. G. (1993). *Interpreting ancient figurines*. Cambridge University Press.
- Lesure, R. G. (1999). Figurillas, estereotipos y la construcción de la identidad social en el Preclásico Temprano de Chiapas, México. *Ancient Mesoamerica*, 10(2), 273–286. <https://doi.org/10.1017/S0956536100102132>
- Lesure, R. G. (Ed.). (2011). *Early Mesoamerican social transformations: Archaic and Formative lifeways in the Soconusco region*. University of California Press.
- Lesure, R. G. y Blake, M. (2002). Interpretive challenges in the study of early complexity: Economy, ritual, and architecture at Paso de la Amada, Mexico. *Journal of Anthropological Archaeology*, 21(1), 1–24. <https://doi.org/10.1006/jaar.2001.0381>
- López Hernández, M. y Rodríguez-Shadow, M. (Eds.). (2011). *Las mujeres mayas en la antigüedad*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia. ISBN 978-607-484-226-5.
- Love, M. (2022). *Early Mesoamerican cities: Urbanism and urbanization in the Formative period*. Cambridge University Press.
- Marcus, J. (2019). Studying figurines. *Journal of Archaeological Research*, 27(5), 1–47. <https://doi.org/10.1007/s10814-018-9124-6>
- Marcus, J. y Flannery, K. V. (1996). *Zapotec civilization: How urban society evolved in Mexico's Oaxaca Valley*. Thames and Hudson.
- Merino Carrión, B. y García Cook, Á. (2005). *La producción alfarera en el México antiguo I*. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Merino Carrión, B. y García Cook, Á. (2018). Proyecto arqueológico Huasteca. *Arqueología (2ª época)*, 55, 110–126. <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/issue:1306>

- Meissner, N. M., Ardren, T. y Mixter, D. W. (2013). Reassessing the Role of Formative Figurines in the Maya Lowlands: A Case Study from Actuncan, Belize. *Research Reports in Belizean Archaeology*, 10, 55–66. <https://doi.org/10.13140/2.1.5003.9680>
- Marcus, J. (1998). *Women's ritual in Formative Oaxaca: Figurine-making, divination, death, and the ancestors*. Museum of Anthropology, University of Michigan.
- Murdy, C. (1981). Congenital deformities and the Olmec were-jaguar motif. *American Antiquity*, 46(4), 861–871. <https://doi.org/10.2307/280205>
- Plunket, P. (2002). *Domestic ritual in ancient Mesoamerica*. Cotsen Institute of Archaeology Press.
- Plunket, P. y Uruñuela, G. (2012). Where East meets West: The Formative in Mexico's central highlands. *Journal of Archaeological Research*, 20, 1–51. <https://doi.org/10.1007/s10814-011-9055-1>
- Popenoe, D. (1934). Some excavations at Playa de los Muertos, Ulua River, Honduras. *Research*, 1(2), 61–81.
- Reyes Parroquín, M. J. (2013). Las figurillas sonrientes: Un estudio diacrónico de su función (Tesis de maestría, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México).
- Robles Rosa, M. R. (2020). Las figurillas preclásicas (Tesis de licenciatura inédita, Escuela Nacional de Antropología e Historia).
- Rodríguez-Shadow, M. (2004). La teoría de género y los vestigios arqueológicos. *Diario de Campo*, 67, 32–33.
- Rosenswig, R. M. (2004). Sedentism and food production in early complex societies. *World Archaeology*, 36(2), 330–355. <https://doi.org/10.1080/0043824042000261013>
- Rosenswig, R. M. (2006). Sedentism and food production in early complex societies of the Soconusco, Mexico. *World Archaeology*, 38(2), 329–354. <https://doi.org/10.1080/00438240600708260>
- Rosenswig, R. M. (2012). Materialism, mode of production and a millennium of change in southern Mexico. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 19(1), 1–48. <https://doi.org/10.1007/s10816-010-9101-0>
- Rosenswig, R. M. (2015). Olmec globalization: A Mesoamerican archipelago of complexity during the second millennium BCE. En T. Hodos (Ed.),

The Routledge handbook of globalization and archaeology (pp. 179–199). Routledge.

Schele, L. y Miller, M. E. (1983). *The mirror, the rabbit, and the bundle: “Ac-cession” expressions from the Classic Maya inscriptions*. Dumbarton Oaks, Trustees for Harvard University.

Schrader, S. (2019). *Activity, diet and social practice*. Springer.

Scott, J. W. (2015). *El género: Una categoría útil para el análisis histórico*. Bonilla Artigas Editores.

Stirling, M. W. (1943). *Stone monuments of southern Mexico*. Smithsonian Institution.

Stoner, W. D. y Nichols, D. L. (2019). Pottery trade and the formation of Early and Middle Formative style horizons as seen from central Mexico. *Ancient Mesoamerica*, 30(2), 311–337. <https://doi.org/10.1017/S0956536119000053>

Taube, K. (2000). Lightning celts and corn fetishes: The Formative Olmec and the development of maize symbolism in Mesoamerica and the American Southwest. En J. E. Clark y M. Pye (Eds.), *Olmec art and archaeology in Mesoamerica* (pp. 297–337). National Gallery of Art.

Vaillant, G. C. (1930). *Excavations at Zacatenco*. American Museum of Natural History.

Vaillant, S. y Vaillant, G. C. (1934). *Excavations at Gualupita*. American Museum of Natural History.

Zizumbo-Villarreal, D., Flores-Silva, A. y Colunga-García Marín, P. (2012). The Archaic diet in Mesoamerica: Incentive for milpa development and species domestication. *Economic Botany*, 66(4), 328–343. <https://doi.org/10.1007/s12231-012-9212-5>